

los conjurados se pusieron en campaña con un ejército muy respetable, y en Bourges publicaron un manifiesto dirigido al pueblo francés, en el cual se llamaban defensores del pueblo, diciendo que se proponían librarle de la opresión inaguantable bajo la cual gemía. En poco tiempo se declaró toda la nobleza á favor de la liga, y con esto volvió á ser una gran parte de Francia teatro del mismo espantoso desenfreno de ruda y salvaje soldadesca como cuando asolaron el país las bandas de Armagnac. Por un lado el ejército de la liga se dirigió sobre Paris desde el Mediodía, mientras por otro las fuerzas borgoñonas á las órdenes de Carlos, hijo de Felipe de Borgoña, invadieron la provincia de Paris, incendiando, saqueando y devastando el territorio hasta el pie de

las murallas de la capital. Los parisienses por una parte no habían olvidado ni las desgracias pasadas ni lo mal que les habían tratado los nobles cortesanos y privados; y por otra parte habían experimentado ya los efectos benéficos del nuevo régimen; y así se hicieron sordos á todas las bellas promesas é invitaciones de agregarse á la liga y abrir las puertas de la ciudad. La clase media de otras ciudades comprendió como la de Paris que el triunfo de la liga, que pretendía defender el bien público, sería una desgracia para el trono y para la misma clase media.

El rey, que ni con amenazas ni con promesas de amnistía para los arrepentidos había logrado que los rebeldes se sometieran, se puso en campaña á la cabeza de sus tropas, y



Escenas de la vida francesa durante el siglo xv.

6. La acción en una calle: un niño cae por una ventana desde lo alto de una casa, pero queda ileso, porque la Virgen Santísima y los ángeles lo detienen en su caída (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

para impedir la unión de la hueste de la liga con el ejército borgoñon tomó posiciones cerca de Monthery, donde aguardó los refuerzos que le enviaban de Paris. Allí fué atacado el 16 de julio de 1465 por los borgoñones; Luis XI dirigió las operaciones del ala derecha con muy buen éxito; pero su ala izquierda, á las órdenes del conde de Maine, se desbandó al verse atacada por el joven duque Carlos de Borgoña, el cual con gran facilidad habría podido ser rechazado porque atacó sin premeditación y sin ningún preparativo serio. Acaso hubo traición en esta precipitada huida, cuando los borgoñones se daban ya por derrotados. A la entrada de la noche el rey emprendió la retirada porque se creía rodeado de traidores, y se dirigió á Paris, de cuya población dependía entonces su suerte. Allí fué recibido muy bien, y concediendo una rebaja de impuestos y admitiendo en su consejo a algunos representantes de la ciudad, se ganó la voluntad de la población. Así, cuando en el mes de agosto se presentó delante de Paris el imponente ejército de 50,000 hombres

de la liga, aunque una parte de la población quiso entrar en negociaciones con los liguistas, la gran masa del pueblo se opuso y se declaró partidaria del rey, el cual había pasado á Normandía en busca de refuerzos, de víveres y de provisiones. Luis XI hizo cuanto estuvo de su parte para que el pueblo conservara su buena disposición de ánimo. Además de aprovisionar la ciudad abundantemente por la vía fluvial, veló con gran rigor por que el personal de la administración se mantuviera estrictamente dentro de la ley. Para satisfacción de los devotos ordenó procesiones y otras prácticas religiosas, y con mucha habilidad fomentó en la población aquel respeto religioso ante la majestad real que, excitado por Juana de Arc, había salvado á Carlos VII mucho más que las victorias de sus generales.

Por desgracia se concluyeron los recursos del rey mientras los de la liga continuaron siendo abundantes, y en el mes de octubre Luis XI no pudo impedir ya que los liguistas se posesionaran de muchas plazas fuertes de Normandía,

único país de donde la capital podía abastecerse. El duque de Bretaña ocupó á Pontoise, y el duque de Borbon, por traición, la importantísima ciudad de Ruan, que dominaba el Sena, y su posesión permitía rendir á la capital por hambre. La liga era el dueño de la situación, y Luis tuvo que someterse á las condiciones durísimas que le impuso en la paz que después de largos debates se firmó á fines de octubre de 1465 en Conflans, cerca de Charenton. La monarquía francesa, que cuarenta años antes había pasado por un durísimo trance, fué en cierta manera botín de los señores feudales. Estos, siempre insaciables y egoístas, dividieron entre sí los despojos de la corona humillada, sin acordarse para nada del pueblo y haciendo perder todo un siglo de desenvolvimiento á la organización y consolidación interior de Francia. El duque de Borgoña volvió á entrar en posesión

de las ciudades y comarcas del Somme, si bien con la condición de que la corona real pudiera recobrarlas después de la muerte de Carlos de Charolais por la enorme suma de 200,000 monedas de oro, condición completamente ilusoria y que solo sirvió para disfrazar un poco la enormidad del sacrificio. Además se adjudicaron al duque de Borgoña algunos otros territorios, como los condados de Boulogne, Guines y otros. Carlos de Berry, hermano de Luis XI, se quedó con la Normandía como duque soberano é independiente, de cuya corona debían ser vasallos los duques y territorios de Bretaña, Alençon y Eu. Por lo demás el ducado de Bretaña continuó siendo un país casi completamente independiente, como lo había sido ya antes. Juan de Anjou, hermano de la reina Margarita de Inglaterra, que se titulaba duque de Calabria y había hecho tentativas inútiles para re-



Escenas de la vida francesa en el siglo xv.

7. Ultimos momentos de la existencia de un hombre caritativo (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

cobrar el trono de Nápoles, recibió en la paz de Conflans la Champaña, la Lorena y la promesa de recursos pecuniarios para efectuar una nueva expedición armada á Nápoles. Por este estilo en la citada paz, los actores principales de la liga se recompensaron á su gusto y á expensas de la corona y de la nación. Además el rey tuvo que anular las penas que había dictado contra muchos liguistas y confiar los cargos y dignidades más elevadas á los vencedores, á cuya merced quedaron todos los que se habían mantenido fieles al rey, como sucedió á la ciudad de Lieja, que con el auxilio secreto de Luis XI se había sublevado contra Carlos de Charolais. En cambio, se concedió amnistía completa á todos los partidarios de la liga, y para humillar más á la corona y tenerla atada de pies y manos, nombraron los feudales victoriosos un consejo de vigilancia que llamaron, para engañar á la nación, de los 36 reformadores, y que debía componerse de 12 miembros del clero, otros tantos de la nobleza y otros 12 del parlamento. Por supuesto que si este consejo de vigilancia de los actos del rey algo se propuso reformar, fué en concepto retrógrado y feudal.

El engaño era demasiado grosero para no ser conocido; porque si los grandes vasallos de la corona dieron al clero y al parlamento la satisfacción de admitir una docena de sus miembros en el consejo de los reformadores, el pueblo y las clases media y rural comprendieron que iban á perder todo lo que habían ganado bajo el gobierno solícito y favorable de Carlos VII y de Luis XI, y lo mismo comprendió la gran masa de la nobleza baja, que había soportado principalmente las cargas y peligros de la última guerra civil. Esta nobleza vió, en efecto, con amargo disgusto que los grandes señores en la paz de Conflans habían procurado los mayores provechos para sí, pero que ni siquiera se habían cuidado de asegurar la posición en lo venidero de sus compañeros menores, ni tan solo concederles una pequeña recompensa. La victoria de los feudales no pasó de ser al fin por el estilo de la de Pirro, y su manera de explotarla facilitó á Luis XI el camino de desquitarse de la derrota sufrida. Claro es que el ejemplo de Lieja, excitada por Luis XI á sublevarse contra el dominio borgoñon y luego abandonada al enemigo, no podía ser estímulo para que las ciudades tomaran el partido



del rey, porque la ciudad de Lieja á fines del año 1465 habia tenido que rendirse bajo condiciones durísimas á Carlos de Charolais, y peor suerte cupo á la ciudad de Dinant, que despues de una resistencia desesperada fué tomada en agosto de 1466 por el enemigo, entrada á saco y reducida casi

enteramente á cenizas. Pero Luis XI aprovechó muy bien el tiempo que el orgulloso borgoñon perdió en tan miserables é inúcuas ocupaciones. Entre el hermano del rey, Carlos de Berry, á la sazón dueño ya de la Normandía, y su soberbio aliado y protector el duque Francisco de Bretaña, esta-



Escenas de la vida francesa en el siglo XV.

8. La Santísima Virgen salva á un alma de las garras del demonio (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

llaron diferencias, y Luis pudo entonces atraer á Francisco á su partido; por otra parte alióse con el duque de Borbon, separándole de la liga y concediéndole algunas ventajas particulares; y entre los tres invadieron la Normandía, la cual tuvo que evacuar el hermano del rey porque los liguistas no



Interrogatorio en el tormento.

Miniatura de la traducción del Valerio Máximo hecha por Simon de Hesdin y Nicolás de Gonesse. (Manuscrito de la segunda mitad del siglo XV existente en la biblioteca municipal de Breslau.)

le auxiliaron. Luis XI recuperó entonces á Ruan, y á principios del año 1466 pudo declarar otra vez la Normandía incorporada á la corona de Francia.

Perspectivas mucho mejores abrieron al rey las complicaciones que sobrevinieron en Borgoña despues de la muerte del duque Felipe el Bueno, ocurrida el 15 de junio de 1467. Tanto dieron que hacer estas complicaciones al nuevo duque Carlos, que no pudo salir á la defensa de la paz de Conflans, que Luis XI iba socavando gradual y sistemáticamente. Las ciudades de los Países Bajos creyeron que habia llegado el momento de recobrar sus antiguos privilegios, y no solamente en Lieja sino tambien en Amberes, Bruselas y Gante se amotinó el pueblo, y al propio tiempo levantóse un conde de Nevers que disputó á Carlos de Brabante la sucesion en el Brabante y el Luxemburgo. Luis XI aprovechó admirablemente estas circunstancias para adelantar sus proyectos, no siendo tampoco ventaja despreciable la influencia que sobre las ciudades francesas vecinas ejerció el ejemplo de las ciudades de los Países Bajos, donde volvía á erguirse el antiguo espíritu de libertad de los municipios. Este ejemplo hizo parecer á las ciudades francesas todavía mas insoportable de lo que era la situación creada por la liga. En la terrible suerte que habia cabido á Lieja y Dinant las ciudades francesas habian visto la que les aguardaba si la Francia continuaba en el derrotero en el cual le habia hecho entrar la liga; solo unidas estrechamente al trono podian esperar librarse de tan triste porvenir. Luis supo explotar esta disposición favorable por los medios tortuosos y á menudo de mala ley segun su costumbre, en lugar de tomar francamente las armas en favor de Lieja y otras ciuda-

des, porque el gran taimado quiso dejar á su molesto vecino que se enseñara contra sus ciudades rebeldes para poder él entretanto reducir á la obediencia y castigar á varios de sus enemigos interiores sin que su protector el duque de Borgoña pudiese acudir á su auxilio.

Entretanto el hermano del rey se habia reconciliado con el duque de Bretaña; á los dos se agregó el duque de Alençon, Inglaterra prestó la mano, y Carlos, contando con tanto apoyo, emprendió la reconquista de la Normandía. Esto colocó al rey otra vez en una situación crítica, que se empeoró de nuevo cuando en el invierno del año 1467 Carlos

de Borgoña volvió á tomar á Lieja y á castigarla bárbaramente por su rebeldía. En tan difícilísima situación apeló Luis XI á la nación, convocando para la primavera del año 1468 en Tours un parlamento de los brazos del reino, á saber: la nobleza, el clero y los representantes de las ciudades. Esta conducta produjo el mejor efecto y contrastó mucho, conforme Luis habia calculado, con la conducta despótica y bárbara del duque de Borgoña. En este parlamento fué declarada la Normandía parte integrante é inseparable de la monarquía francesa; se rebajaron en lo posible los impuestos; el rey prometió impedir la exportacion de los me-



Escenas de la vida francesa en el siglo XV.

9. Cazadores delante de una capilla situada en medio del bosque (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

tales preciosos, y se obligó á dedicarse sin descanso, con la cooperacion de los brazos, al restablecimiento del órden interior. Tambien fueron declarados inamovibles los jueces y demás funcionarios civiles, con lo cual quedó la administracion libre de la arbitrariedad del monarca, de la influencia de los partidos con sus oscilaciones y de otros inconvenientes. El parlamento quedó con esto muy satisfecho y concedió gustoso al rey los fondos y tropas que necesitaba para luchar con buen éxito contra su hermano y sus aliados. En una campaña corta volvió á posesionarse Luis de la Normandía en el verano del año 1468 y obligó á su hermano Carlos de Berry á renunciar, á cambio de una renta anual, á todas sus pretensiones. El duque Carlos de Borgoña, en camino ya para llevar auxilio á Carlos de Berry y á Francisco de Bretaña, protestó contra el nuevo pacto como contrario á la paz de Conflans, y en seguida quiso pasarlo todo á fuego y sangre, sin importarle que á sus espaldas se sublevaran, como

en efecto se sublevaron por tercera vez los habitantes de Lieja, exasperados del despotismo de los funcionarios del duque. A propuesta del cardenal de la Value y del condestable Saint-Pol, el duque Carlos de Borgoña despues de una resistencia obstinada, y Luis XI contra el consejo de sus generales y oficiales mas probados, consintieron en tener una entrevista personal en el castillo de Peronne, para llegar si era posible á un arreglo pacífico antes de echar mano á las armas. Desconfiados los dos, diéronse garantías solemnísimas de respetarse mutuamente y no hacerse traicion ni violencia ninguna; pero Luis, á pesar de todas las seguridades, habiendo visto en el séquito del duque algunos de sus enemigos, que habian sido favoritos de su padre, se encerró detrás de los muros del castillo de Peronne, con lo cual vino á ser como un prisionero del duque. Este recibió cabalmente entonces la noticia de la nueva sublevacion de la ciudad de Lieja, en la cual estaba complicado Luis XI, y